

para martirizar y quitar la vida á los Cristianos; y estas victimas inocentes, ó despedazadas por las fieras, ó fritas en aceite, ó tostadas en parrillas, eran un espectáculo de placer para aquellos bárbaros que únicamente se entristecian cuando las fieras se postraban y lamian con su lengua los piés de los Mártires, cuando el acero no podia cortar sus cervices ó el fuego no les quemaba. Solo una Religion toda divina pudo triunfar de diez y siete á veinte persecuciones generales, tan crueles, tan feroces, tan sanguinarias las últimas como las primeras: por espacio de casi trescientos años los Cristianos sufrieron estas pruebas de su fe en todo el ámbito del imperio, sin que en los siglos siguientes hayan cesado en la Persia, en el África, en la España y en otras naciones iguales ó mayores persecuciones. Este es uno de los caracteres mas expresivos de la divinidad de la Religion, colocada como su Divino Fundador *in signum cui contradicetur*, como una señal de contradiccion: en su cuna se regó, se alimentó y fortificó con la persecucion de sangre; en su juventud con la persecucion de los herejes, y en su edad varonil con la mas formidable de todas las persecuciones, con la seduccion de los incrédulos é impios. La bárbara crueldad de los Emperadores lejos de debilitarla, impidiendo su propagacion, la daba el mas brillante realce: la sangre de los Mártires era una fecunda semilla que producía un fruto centuplicado, como se explicaba Tertuliano. Este nuevo milagro de la incalculable rapidez con que de entre los arroyos de sangre y de los innumerables cadalsos se multiplicaban y reproducian los Cristianos, les obliga á mudar de rumbo, y cambiar de direccion: el odio á los Cristianos se aumenta, y los medios de ataque reciben un nuevo impulso de malignidad: á la violencia substituyen la persuasion, y á la fuerza el racionio. Esta nueva táctica, tanto mas peligrosa, quanto que ingeniosamente oculta el

blanco de sus operaciones, es la que constantemente se ha presentado en la palestra ya con ataques fingidos, ya disfrazados, ya por el frente, ya por los costados, ya minando sus fundamentos, ya debilitando las fuerzas con el proselitismo, ya en fin con todas las arterias de la maledicencia.

Los herejes de los primeros siglos adoptaron en parte este plan; pero erraban sus cálculos, atacando la Religion con unos sistemas abstractos que interesaban muy poco las pasiones del hombre: aun aquellos mas decantados enemigos del Crucificado *Celso* y *Juliano*, y que son reputados por precursores de los de nuestros siglos no habian descubierto los principios luminosos de estos: ignoraban en todo rigor la táctica anti-cristiana: les era desconocido el arte de minar por sus fundamentos la Religion: esta invencion, que considerada en todas sus partes es esencialmente diabólica, en nada se parece á las anteriores persecuciones: un descubrimiento de tanta trascendencia estaba reservado á los herejes y á los impios de los últimos siglos: los del XVIII perfeccionaron la obra, y la revolucion francesa, su hija primogénita, puso en movimiento todas sus arterias; pero ella misma, á despecho de sus autores, ha dado un nuevo y brillante testimonio de la verdad de la Religion cristiana, y de la soberana influencia que ejerce en la felicidad de las naciones.

Es verdad que un Mahoma en el Oriente privó al cristianismo de los primeros frutos de su cuna, y con la espada, con la persuasion, con los embustes y patrañas consiguió formar un imperio de idolatras, ó mas bien de bestias epicureas; pero el Occidente abortó por desgracia, y para oprobio de la humanidad, no sabremos decir si uno, si tres, entre innumerables que se han disputado la gloria de haber sido padres de un aborto sin semejante en los anales de la impiedad *Eutero*, *Rousseau*, *Voltaire*, hé aquí

tres fenómenos intelectuales, sin que podamos clasificar su especie ni designar el predicamento á que pertenecen : si la incredulidad los reconoce y aclama por sus héroes, nosotros creemos de nuestro deber colocarlos en otra esfera : no es posible persuadirnos que el hombre por sí solo pueda producir unos monstruos de esta naturaleza : tal fué sin duda el exceso incalculable de su inmoralidad, de la impiedad de sus ideas, de su rabia ferina contra la Religion, contra los tronos, contra la sociedad, contra el mismo hombre. *Lutero* encendió la tea de la independencia religiosa, *Rousseau* la aplicó á la política, y *Voltaire* las reunió en su pluma desoladora. *Lutero* de un solo golpe de su pluma trastornó el orden de Dios y de la naturaleza; quitó la autoridad de donde Dios la habia puesto, la colocó en el espíritu, en el juicio privado, y así de cada uno de los hombres formó un jefe de la Religion y un monarca : de este modo preparó la ruina de la Religion y de los tronos.

No puede dudarse : de este mismo principio parten todas las líneas del pacto social de *Rousseau*, y á su sombra han avanzado *Voltaire* y todos los impíos al término fatal que hemos tocado con nuestros propios ojos en la Francia, y que ya habia contagiado otras no pocas naciones. La pluma de *Voltaire*, mojada en la hiel del odio á la Religion católica, ha sido mas funesta al Occidente que la espada de Mahoma en el Oriente : con ella ha podido este transformar el país de la Religion en una media luna habitada de bárbaros sensuales, sin educación, sin ciencias ni artes, y abandonados á las patrañas de un visionario feroz, que aun despues de muerto se hace adorar en la Meca : mas la pluma de aquel impío, aborto del jacobinismo francés, ha sabido formar un nuevo imperio de incrédulos sistemáticos, tanto mas peligrosos, cuanto que para propagar la irreligion llaman en su auxilio todas las ciencias, las artes, las

gracias de la naturaleza, y hasta la misma Religion.

A estos monstruos, que han reunido todas las heces de la impiedad, deben sin disputa agregarse los corifeos de otra secta maquinadora por principios, que ha trazado el plan de trastornar la Religion ocultando su mano traidora, y aun anhelando á cubrirse con su mismo manto : los jansenistas, es un hecho incontestable, con una mano han atizado el fuego de las revoluciones, y con la otra preparaban la ruina de la Religion por medio de unas arterias, de unos amaños tan sagaces y tan pérfidos, como desconocidos hasta nuestros días, pero que seguian el mismo rumbo y los mismos pasos que la revolucion de los imperios. Para separar el supremo honor y la suprema autoridad del jefe de la Iglesia, en quien la depositó su divino Fundador, formaban la apología del obispado elevándolo sobre sí mismo, ó, para hablar con mas propiedad, desquiciándolo para destruirlo tan luego como hubiesen ejecutado otro igual ensayo con el clero inferior : adulando á este, le sublevaban contra el obispado : extendiendo los límites de este, deprimian la soberana potestad de su cabeza; y cuando, para no perder el concepto de católicos, se veian obligados á confesarla con las palabras, la negaban de hecho con un gran número de suposiciones, restricciones y apelaciones. Conmovido así el centro de la unidad católica, todo el edificio debia resentirse, y por este medio minaban la Iglesia y la Religion. De todo trastorno, de toda revolucion, de todo incidente político ó religioso procuraban nuevas ventajas á la secta : en todas han entrado su mano destructora; no han omitido medio, por rastrero, por inmoral, por impío que fuese para alucinar, para seducir, para descatoalizar el mundo : parecerian increíbles los conatos tan redoblados como impudentes de esta secta, y los daños casi irreparables que ha cau-

sado á la Religion, si la historia y la experiencia no estuviesen de acuerdo en su apoyo.

Sin embargo, si nos es permitido expresar nuestro dictamen en esta materia, la impiedad y el espíritu de la revolucion deben rendir parias al Filósofo de Ginebra : este ser incalificable reunió en un mal formado corazón toda la malignidad del hombre, ó para expresarlo de un modo mas análogo, toda la perversidad del demonio de la rebelion, que le sugirió el proyecto de sepultar al hombre en las ruinas de las sociedades y de la Religion. Este genio del mal halló la piedra filosofal de la independencia absoluta del hombre, descubrió el punto céntrico de las pasiones sin freno, ó si le halló trazado por Lutero, poseyó el arte de desenrollar el misterio de la iniquidad, sublevando las pasiones de unos contra otros, de los hijos contra los padres, de los súbditos contra los Soberanos, y en su decantada fábula *del Pacto Social* estampó el germen de la irreligion, las semillas del destronamiento de los Reyes, formó y describió el círculo de las revoluciones, de las guerras civiles, y del trastorno universal así político como moral del mundo. No hay que ir mas lejos para ver el origen de tantas desgracias como han sufrido el Trono y el Altar en el último medio siglo ; y no tememos avanzar nuestro cálculo asegurando que iguales ó mayores revoluciones experimentarán todos los países del mundo, do quiera den entrada al Pacto Social : las mismas murallas de la China se resienten á su vista, y la Religion en todos los ángulos de la tierra teme sus funestas consecuencias. Un reflexivo conocimiento del hombre y de sus propensiones basta para convencerse de esta verdad, y esto mismo pudo servir de base á una invencion tan alhagüeña como monstruosa.

El hombre es de todos los países : en la misma masa de su naturaleza lleva grabado el deseo de la

independencia : es fruto del pecado del primer hombre, esta la herencia de todos sus hijos, y por una consecuencia natural el flanco de todo hombre : así es que todo yugo de autoridad y dependencia se le hace insostenible. Religión sola la Religion es la que le hace suave, y ella sola es poderosa para contenerle en los límites de la subordinacion debida á Dios y á los hombres : sin este freno el hombre siempre aspira á la independencia absoluta : *Non serviam*. Dios mismo con toda su omnipotencia no les es un justo título de subordinacion y dependencia. *Et quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Tal es el abismo á que conducen los principios del Pacto Social : admitidos una vez, no es posible evitar sus consecuencias : le es incompatible toda modificacion : su tendencia esencial es á sacudir el yugo de la autoridad y de la Religion : aun cuando su mismo autor no hubiese hecho esta ingenua confesion, y aun cuando hubiese suprimido el capítulo que habla *de la Religion*, uno mismo habria sido el resultado : con una mano mina los fundamentos del Trono, y con la otra los del Altar : la independencia absoluta de toda autoridad, este es el *Dogma social* que se quiere persuadir al mundo, y cuyo ensayo hemos visto en la Francia : la irreligion preparó el camino á los revolucionarios : el estandarte de la impiedad tremolaba en las Sociedades patrióticas, en la Asamblea, en la Convencion, y en el Directorio : los mismos Franceses que han sobrevivido á aquel fanático entusiasmo de irreligion se admiran, y como quien dispierta de un profundo sueño recuerdan con asombro que fueron testigos del término fatal de este sistema diabólico : la pluma se cae de la mano al querer estampar un decreto original en los anales del mundo, *la proscripcion de todo culto* : se cumplieron los deseos de aquel monstruo (el frenético Dupont) que embriagado con las heces de la impiedad solo aspiraba á poder anunciar desde

la tribuna : *no hay Dios* : desde aquel dia, época memorable para la Francia y para todo pueblo religioso, la *Razon* en traje de prostituta es el Dios de los revolucionarios : en este acto de impiedad el hombre se aniquiló á si mismo : con él desaparecieron los templos, el culto, el sacrificio, la Religion, Dios; y hombre sin Dios es una verdadera quimera.

¡Tal es el aspecto formidable de esta persecucion sin semejante en los fastos de los tiranos! Sus autores y propagadores se regocijaban ya con la segura esperanza del triunfo : ya se daban el parabien de haber destronado la Religion y su autor; y al parecer morian contentos con la satisfaccion de haber emprendido y consumado una obra que no estuvo al alcance de los Emperadores ni sabios del mundo. Es indudable, ellos erraron el cálculo : su malicia los cegó para no ver, que errando en los principios es infalible el extraviarse en las consecuencias : por una como forzosa de su impiedad llegaron á persuadirse que la Religion era obra de los hombres, y que el mismo Dios subsistia únicamente por la opinion; y en esta hipótesi debemos confesar que el genio del mal y el espíritu de la revolucion poseian el talento de Lutero, de Voltaire, de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Condorcet y sus asociados, y con su auxilio podrian haber mudado la opinion del mundo á pesar de su imperio exclusivo. Sus esfuerzos casi diabólicos han añadido esta irrecusable demostracion á las incontrastables pruebas de los apologistas de la Religion católica : Dios mismo se ha valido de sus mas encarnizados enemigos para que den testimonio á la verdad : *salutem ex inimicis*.

Nosotros convenimos con ellos en que este ataque al Trono y al Altar es el mas directo, por lo mismo que es el mas astuto y el mas alhagüeno á las grandes pasiones; pero al mismo tiempo deben confesar con nosotros que el lleno de su impiedad ha hecho ver al

hombre reflexivo, y ha cooperado contra su voluntad á corroborar mas y mas una verdad que es de todos los siglos, el origen divino, la firmeza, la estabilidad, la indestructibilidad de la Religion católica : sus fundamentos son la verdad eterna, la palabra de Dios; y antes desaparecerán el cielo y la tierra que la verdad de sus palabras y promesas. Murieron sus primeros perseguidores, el abismo recibió los tiranos manchados con la sangre de tantas victimas inocentes, y el sepulcro guarda las cenizas hediondas de unos hombres feroces, que fallecieron con el desconsuelo de haber puesto en ejecucion todos los medios que les sugeria su encarnizado odio á la Religion, y les proporcionaba su ilimitada autoridad, sin haber logrado mas triunfo que cooperar al esplendor de la misma con un numeroso catálogo de héroes. Sus muertes á todas luces desgraciadas, y adornadas de su bárbara crueldad y de una infamia póstuma, es lo único que nos ha conservado la historia.

Murieron aquellos monstruos con que de siglo en siglo castigaba Dios los desórdenes del mundo : murieron los jefes de un número sin número de herejias, y bajaron al sepulcro sin otro mérito ni otro premio que sus errores y apostasia : á nuestra misma vista han fallecido los corifeos de la irreligion, y hasta las mismas circunstancias de su muerte son un testimonio decisivo en favor de la Religion que odiaban con tanto encarnizamiento. Rousseau, cansado de una vida empleada en hacer la guerra á Dios y á los hombres, se quitó la vida de un pistoletazo : Voltaire, recordando la cadena interminable de sus crímenes, y queriendo, sin querer, reconciliarse con la Religion, á quien tan descaradamente habia ultrajado, y con Dios de quien tantas veces y tan á sangre fria habia blasfemado, murió en los brazos de la impiedad, envuelto en su misma hediondez : Condorcet pereció en la cárcel á impulsos de la desesperacion y el veneno :

de este mismo modo podríamos formar la apoteosis de los impíos que les han sucedido; pero solo diremos que su epitafio se compone de los anatemas de la Iglesia, y de las imprecaciones de todo hombre religioso.

Sin embargo, la experiencia arranca de nosotros una confesion dolorosa: murieron cargados sin duda con la infamia de su impiedad; empero viven en sus obras tan alabadas de los iniciados en los misterios de la iniquidad, como odiadas de todo hombre sensato y reflexivo. El sarcasmo, las sales picantes, el ridiculo homicida, como le llamaba Voltaire, los coloridos de la elocuencia, el estilo alambicado, los sofismas artificiosos, pinturas obscenas, máximas de libertad é independencia, y todo presentado con los poderosos atractivos de las pasiones propias de grandes y pequeños, han conseguido formar un imperio de ateos, propagar sus ideas irreligiosas y antisociales en la mayor parte del mundo civilizado, y á su impulso los Tronos y el Altar amenazaban desplomarse simultaneamente. Un número incalculable de folletos, de libretes de faltriquera, de obras de todas clases y materias sembradas de impiedades, de bufonadas sacrilegas, de blasfemias las mas execrables, de chistes obscenos, de paralogismos ridiculos, pero envueltos en la mas refinada impiedad, han circulado por toda la Europa y América, y por una gran parte del Asia y Africa. A pesar de las leyes prohibitivas, de la vigilancia de los gobiernos, de los tribunales destinados á impedir su circulacion, se ha hecho una introduccion escandalosa de este género de contrabando: la sola sospecha de la prohibicion de uno de estos folletos, era causa bastante, y un título justo para triplicar su precio: y por la razón inversa, en los desgraciados dias de su libertad indefinida se vendian á precios cómodos, y á la vez se repartian como un obsequio: su lectura era un verdadero anzuelo para

los talentos superficiales, para los semisabios, que, careciendo de principios sólidos, se dejaban arrastrar de sus atavíos, y contentándose con admirar el follaje, jamás analizaban sus pruebas. Estos han sido las tropas auxiliares y los destinados para el enganche: los jóvenes han sido, por desgracia de la generacion presente y futura, los mas fáciles de seducir: una juventud fogosa, en la mayor efervescencia de las pasiones, sin conocimiento ni experiencia de sus ardidés irreligiosos, impelida de los deseos de gloria, y demasiado blanda para resistir á los alhagos, y menos para hacerse superiores á los dieterios y apodos de sus iguales, han contagiado todas las clases y preparado al siglo XIX el complemento de sus desgracias.

No puede dudarse que algunos sabios se han alucinado, se han dejado seducir, y con sus escritos, con la viva voz y con su ejemplo se han declarado partidarios de la irreligion; mas esto no debe ser un motivo de admiracion para el hombre reflexivo: la irreligion y la impiedad tienen su origen en el corazon, y tantas cuantas son las pasiones viciosas, son otros tantos arroyos que entran en este mar proceloso: con sus alhagos triunfan de la voluntad, y con el humo de sus inagotables deseos obscurecen la razon, la hacen cambiar de ideas, y la *nada* del mal viene á ocupar el lugar del verdadero bien del hombre, la Religion. Por una como transformacion mágica, el entendimiento obra como pasion, y la pasion juzga como deberia hacerlo la razon; y para expresarlo con toda propiedad, la impiedad del corazon pasa á ser la Religion del entendimiento.

El resultado de este trastorno de ideas es bien conocido de todos: la Religion ha vencido una borrasca sin igual, ni aun semejante en los anales de la impiedad. Omitamos por ahora la historia de las variaciones religiosas de otras naciones: hombres sabios las han consignado á la posteridad como un

preservativo contra la irreligion para las generaciones venideras : nosotros debemos contraernos á nuestra España, á esta Nacion privilegiada entre todas las del mundo. ¡Ojalá hiciésemos justicia á esta verdad, á nuestra gloria y á nuestro propio interés! La naturaleza y la gracia se han disputado sus dones : tenaz y obstinada en romper los lazos de las supersticiones paganas, no ha sido menos inflexible en conservar el depósito de la verdadera Religion : en los tiempos de Recaredo se puso el sello á nuestra creencia, y los Españoles parece hemos heredado con la naturaleza la religion Católica. Doce siglos se han sucedido unos á otros, y *la Religion Católica, Apostólica, Romana ha sido y es la Religion de todos los Españoles, con exclusion de toda otra*; este eco ha resonado siempre entre nosotros : la dominacion Agarena asoló sus hermosas y fértiles campiñas, destruyó sus mas bellas y ricas poblaciones ; el terror, la ferocidad, la esclavitud, la espada, el fuego y la muerte pasearon como en triunfo por sus mas abundantes provincias ; puede decirse con verdad que todo desapareció de este hermoso suelo : solo la Religion y el valor han sido las riquezas que no pudieron robarnos : esta es nuestra herencia y el feliz origen de la emulacion extranjera : la España siempre ha sido la misma, jamás se ha desmentido. Por mas de setecientos años luchó dia y noche contra los enemigos de su Religion y de sus leyes : el corazon religioso de los Españoles solo pudo hallar descanso con la expulsion de los moros y judios : un Dios, una Religion y un Rey, hé aqui todo el carácter español : la paz, la riqueza, las artes, las ciencias coronaron sus triunfos, y el siglo XVI adornará eternamente sus sienas.

No es dable señalar otra causa de preferencia ; con solo formar un paralelo, ó mas bien un simple cotejo con otras naciones, veremos que la razon en perfecta armonia con los hechos, no reconoce otro origen que

la Religion verdadera y la autoridad legitima consolidada con sus bases. « Con el influjo de esta Religion » sublime, dice el sabio y reflexivo La Mennais, el » género humano caminaba al término de su perfeccion, cuando repentinamente aparecen de nuevo » en la sociedad las doctrinas del paganismo sobre el » Poder. El ensangrentado espectro de la Soberania » individual ó absoluta, invocado por la *Reforma*, » sale del sepulcro donde le habia desterrado el Cristianismo. Al momento el espíritu de independencia » subleva las pasiones contra la autoridad : guerras » atroces desolan toda la Europa, y la discordia con » su implacable encono penetra hasta el seno de las » familias. Lutero y sus discipulos justifican la rebelion, la autorizan, la promueven con sus escritos y » sermones sediciosos. Un no sé qué violento fermenta en lo interior de los corazones, y el fanatismo » de la libertad *religiosa* produce el fanatismo de la » política. La Alemania, la Francia, los Países Bajos, » Inglaterra y Escocia, sirviendo de presa á los furorés de una multitud embriagada en doctrinas antisociales, se cubren de ruinas y nadan en su sangre. » Vacilan los tronos, y llegan á hundirse algunos. » El espíritu de independencia política y religiosa se apodera de las naciones europeas : unas se vieron al borde del precipicio, otras naufragaron, y todas sin saber como se contagiaron : la España es una nave perfectamente carenada, que camina boyante por entre los terribles y peligrosos escollos de tantas herejias y de tan violentas revoluciones como la rodeaban : ella misma, sin otras armas que su Religion, es un testimonio incontestable de una verdad que deberia grabarse en el corazon de todos los hombres y en los umbrales de sus casas. *La Religion salva las naciones*. Asi es que el siglo XVI, tan fecundo de héroes de la Religion, como de sabios de primer orden en toda clase de literatura, artes y bellas letras para

la España, tan ominoso fué para otras naciones menos religiosas. Él fué la cuna de los primeros ensayos contra la Iglesia y su autoridad infalible : el taller donde se prepararon las armas contra la Religión, y el semillero de toda independencia de autoridad así civil como religiosa : el siglo XVII vió con dolor, aunque con la mayor apatía, los rápidos progresos de la rebelión ; el XVIII la miró con placer sentada en el trono de la felicidad de las naciones, y el XIX nos ha hecho sentir toda la amargura, las heces mismas de sus envenenados principios. Casi por tres siglos la irreligion se ha mofado de la pureza de nuestra fe, de nuestra constancia religiosa : los corifeos de la impiedad nos insultaban á su salvo en los folletos ; y para darnos á beber con dulzura el espíritu revolucionario, nos imputaban dos siglos de atraso en la cultura y civilización, y lo que en realidad era una prueba evidente de nuestra religiosa y firme adhesión á la creencia de nuestros padres, se nos improperaba como una falta de ilustración, y se nos hacia pasar en otras naciones ya contagiadas la plaza de hijos legítimos de los siglos bárbaros, adheridos á las ideas de una educación fanática, supersticiosa y enemiga de las luces. ¡Plugiésemos al cielo hubiésemos los Españoles permanecido en aquel dichoso *fanatismo*, en aquella feliz *superstición*, y en aquellas luminosas *tinieblas!* no nos veríamos ahora obligados á llorar los extravíos de tantos de nuestros compatriotas, ni comprometidos á reparar las ruinas de una Religión que moraba entre nosotros como en su verdadero y legítimo suelo : no habríamos tenido el imponderable sentimiento de ver atacada la Religión de nuestros padres por unos seres desnaturalizados é hijos espúreos de una tierra toda católica ; no habríamos tenido el desconuelo de ver, no sin admiración, entronizada la impiedad, perseguidas con un odio encarnizado nuestras pías

costumbres, nuestras leyes religiosas, y minadas con un furor innominable los fundamentos indestructibles de nuestra siempre amada Religión Católica, Apostólica, Romana : hablamos á la faz de todos los Españoles, de aquellos mismos testigos de estas verdades amargas ; su testimonio es irrecusable, y en una hipótesis no esperada, los escritos y las prensas se hallan aun manchadas con esta tinta irreligiosa.

En sus escritos, es indudable, proclamaban la libertad, se gloriaban de Padres de la patria, de regeneradores benéficos, de protectores de la religión y enemigos del despotismo civil y religioso ; mas á línea seguida tiranizaban la libertad y la conciencia, minaban las leyes que habian por tantas veces salvado la patria, sacaban de quicio las instituciones benéficas de un gobierno dulce y religioso, comprobado por la serie no interrumpida de tantos siglos, autorizaban un doble despotismo, y quitando de una plumada el antemural de la Religión con el especioso título de *protección*, la dejaban á disposición de sus enemigos. Prevalidos de estas arterias lograron seducir á una juventud incauta, propagar el veneno de la irreligion, descatólizar á no pocos, introducir la impiedad en todas las clases del Estado, y arrebatár á la Religión los frutos preciosos de tantos siglos. No hay motivos para exagerar : todos lo hemos visto, y la posteridad sensata se llenará de rubor al fijar su vista en el cuadro horroroso que presentan un número considerable de Españoles imbuidos en los tenebrosos misterios de la impiedad ; y aun cuando nuestro catolicismo ó nuestra delicadeza nacional tratase de sepultar en el olvido los extravíos religiosos de nuestros compatriotas, sus mismos escritos hablarán por ellos, y lo que es aun mas sensible, la irreligion transmitida por herencia dará un testimonio siempre vivo de la inmoralidad de sus progenitores.

No es fácil llegar á persuadirse hasta qué punto ha